La mudanza

Juan Manuel Gelabert

Capítulo 1

Llegó al barrio un camión de mudanzas y con él, las especulaciones y los chismes. Al rato los vecinos no tardaron en enterarse. La primera en salir fue la señora de González que ni bien terminó de baldear la vereda como todas las mañanas, y ante el murmullo indisimulable del acoplado, volvió con el balde cargado a refregar la vereda.
- Usted sabe cómo son las cosas, la señora de González le golpeó la ventana a la vecina de al lado, que sin dudarlo telefoneó a su suegra para ver si sabía de qué se trataba, y al no tener la respuesta deseada, también se puso a baldear la vereda.
Unas horas después media ciudad estaba con las reposeras en las puertas de las casas o baldeando las veredas para mirar la nueva atracción, de la que dicho sea de paso, desde su arribo no había bajado nadie.
-En el barrio no es cosa de todos los días que venga un nuevo vecino se imaginará, y mucho menos que se vaya. Los que llegan parecen condenados a morirse acá, inmediatamente cuando alguien pisa el suelo de Santo Arraigo, se encuentra como imantado a quedarse, a morirse de a poco, a la resignación de todo pasado. Así que, poco a poco los chusmas se fueron amontonando, y yo -que estaba más aburrido que chupando un clavo un domingo sin fútbol- me puse a mirar el espectáculo desde la ventana. No faltaron los que sacaron sus celulares para fotografiarlo, tampoco los que quisieron abrirlo o se asomaban a través del polarizado buscando al conductor. Nadie, señor comisario, le aseguro que nadie vio nada, ni el que dijo que adentro había una pareja haciendo eso, ni el que sugirió que ese camión transportaba cocaína y el chofer se puso paranoico y lo abandonó en la puerta de casa. Tampoco vio nada la señora de González que a las dos horas ya estaba diciendo que el camión fue manejado por un satélite, y que llevaba cámaras para controlar el sospechoso comportamiento de algunos vecinos. Así pasó el primer día, con la gente en la calle hasta que un policía ató de poste a poste una faja de peligro y dijo: pueden ir metiéndose en sus casas si no quieren tener que comparecer como testigos. Para qué señor Fernández, dígame para qué, para qué decir eso en este barrio en que hasta la lluvia pasa de largo por miedo a aburrirse. No alcanzó el auto para transportar a todos los testigos, así que media hora después llegó uno de esos camiones que tienen ustedes para llevar a todos; yo ese día no quise, porque toda esa gente que se la pasa haciendo conjeturas con altanería me da asco. Por eso no vine, y también porque había enganchado en el cable una película buenísima, vieja, pero buenísima, por ahí la vio, es una que trata de unos monos indefensos que mueren de hambre, a los que un día se les aparece una piedra negra, una especie de lápida gigante y oscura a la que observan asombrados, bueno, la piedra desaparece sin que los monos se den cuenta, pero a partir de ahí aprenden a sobrevivir. Después creo que me quedé dormido, ¿la vio?- el comisario levantó las cejas y después de un largo suspiro dijo: -Siga, Miranda, que acá no tenemos toda la tarde.

Cuando Miranda, quien según consta en las actas policiales se llama Alberto, nació, Santo Arraigo era ya el infierno que es ahora, pero entonces no se detenían camiones en las calles, sino algún que otro Falcon verde y por visitas cortas. Nada sabía de esto ya que nunca ni en el barrio ni sus padres le habían contado.
- A mí desde chico que me gustaron los camiones, sobre todo los de doble acoplado como éste, no sé por qué, supongo que me impresionaba su tamaño y las ruedas gigantes capaces de recorrer la ruta cuarenta de punta a punta muchas veces sin gastarse. Cuando era chico la vieja me contaba historias para dormirme, siempre del día que nací, a veces, me decía: a vos no te encargamos a la cigüeña, te encargamos a un camión; y entonces, yo me imaginaba y no sé por qué, fíjese lo que es la imaginación de un chico, me imaginaba la persiana del acoplado levantándose y a mí, saliendo en brazos de un amigo de papá. Debe ser por eso que vine ahora, porque desde que vi el acoplado me acordé eso y que mamá me lo volvió a contar antes de morirse, como si todavía siguiera siendo un chico que se cree semejantes historias, por eso vine, sí, y porque desde que vi al camión que no dejo de pensar en que nunca vi llegar ni irse a nadie de acá; y además porque, como ya declaró todo el barrio y soy el último, siento que puedo tener la clave para resolver el caso ¿ no dicen que los últimos serán los primeros? Siempre me gustaron los camiones y los casos sin resolver. Me acuerdo que de chico papá me regalaba soldaditos y tanques de guerra y yo le decía: ahora me tenés que regalar el camión para que se escapen los rebeldes, papá se enojaba tanto que me decía que tenía la sangre podrida. No sé por qué un día dejé de pedirle el camión, por ahí por esta costumbre pueblerina que tenemos acá de callarnos las cosas.
Alberto piensa que hace mucho no habla tanto, el trabajo en el cuartel era solitario y monótono, muchas veces había querido renunciar, pero el miedo a su padre lo había frenado siempre. Cada vez que quería contarle su decisión, se le venía la voz del viejo diciéndole:
- Esto nos dio de comer toda la vida, tenés que estar agradecido ¿qué vas a hacer? el único trabajo en el barrio para el que sos capaz está en el cuartel, naciste para y por el cuartel y te vas a pudrir ahí adentro.
-Cuando me desperté el segundo día, los hermanos García estaban lavando el camión con la hidrolavadora, usted no se imagina cómo lo dejaron, brillante y limpio como si fuese nuevo. Si me quedaba mirándolo un rato, sobre todo a mediodía, el reflejo del sol sobre el acoplado metalizado llegaba a encandilarme. Después, otra vez lo mismo, las fotos, los chusmas, y la novedad de las cámaras del canal local. Pareció que la señora de González estaba en cadena nacional, toda la tarde repitieron la entrevista en la que contaba su teoría del satélite que manejaba el camión. Creo que fue Pereyra el que dijo que vio cuatro dedos del lado de adentro del parabrisas, sí, cuatro; entonces la "famosa" empezó con que no era un satélite sino un extraterrestre el que manejaba el camión, un extraterrestre con cuatro dedos en cada mano y que como un camaleón se mimetizaba con el polarizado y por eso no podíamos verlo. Mire las estupideces que tiene que escuchar uno en un lugar así. Toda la tarde los

vecinos especulando con la nueva hipótesis, para nada; para tener de qué hablar a la hora de cenar viendo en la tele a la señora de González. Esa noche no hubo nada bueno en el cable y me fui a dormir temprano.
-El miércoles apareció la policía científica con un equipo de cerrajeros para intentar abrirlo. Pero nadie pudo hacer nada. Uno de los canas ¿no le molesta que les diga así no? trató de romper el vidrio a machetazos pero ni un rasguño ¿sabe? Intacto. Entonces de nuevo, ¿hace falta que le cuente? -el comisario Fernández dibujó con el índice un círculo en el aire y Alberto siguió: Bueno, la señora de González baldeando varias veces hasta que la vereda quedó más limpia que el camión, Pereyra que puso una mesa adelante del acoplado y empezó a cobrar entrada para ver al extraterrestre que se ocultaba atrás del vidrio, usted se ríe pero no faltó quien le pague; los hermanos García que no conformes con el lavado y envidiando la limpieza de la vereda de los González, empezaron con una especie de amoladora a pulir el chasis del camión; y para variar, otra vez, alguien, no sé ni me importa quién, dijo que el dueño del camión era un hombre de mucha plata que había sido secuestrado, que estaba con sus secuestradores adentro del camión y que hasta que alguien no pagara el rescate, no iban a salir de ahí ¿Usted se imagina dos o más tipos ahí adentro? ¿Cuánto pueden durar? Supongamos que tienen la cantidad de comida suficiente, porque en ese acoplado entra para mucho tiempo, dígame ¿a dónde cagan? porque me imagino que deben tener necesidades fisiológicas, salvo que sean extraterrestres como dice la señora de González, pero yo pienso que los extraterrestres también deben cagar, así que es una boludez.
Por momentos, a Alberto le parece que el comisario Fernández no lo escucha, pero esto le importa poco, por primera vez en mucho tiempo puede hablar sin que lo callen o sin tener que contestarse a sí mismo.
- Dígame, Miranda, como dice el GPS, recalculando ¿Cuándo fue la primera vez que vio el camión?
-Como le decía recién, cuando llegó, yo estaba mirando por la ventana porque la gripe no me había dejado levantarme para trabajar y.....
-A ver, usted no me entiende, ya sé que lo vio llegar y cómo se pusieron los vecinos, lo que pregunto es cuándo, día, hora, datos precisos.
-El lunes pasado, serían cerca de las nueve de la mañana porque la señora de González siempre termina de baldear a esa hora.
-¿Vio además algo que le llamara la atención? Algo sospechoso.
-Sí.
-¿Qué?
-Que no bajó nadie.
-Pero entonces no vio nada, es decir, vio que no vio a nadie.
-Exacto.
-Yo no sé qué clave se piensa usted que tiene, pero bueno, si no hay nada más que agregar puede retirarse.
-No tengo nada más que agregar, pero ¿Le puedo pedir un favor?
-Dígame...
-Nada. No quería pedirle nada.
El comisario Fernández encogió los hombros y se quedó en silencio como

durante casi todo el testimonio, Alberto le dio la mano y se fue cabizbajo de vuelta al trabajo.
La mañana siguiente Santo Arraigo amaneció como de costumbre, la señora de González salió puntualmente a baldear la vereda, los hermanos García se fueron poco después para abrir la despensa, el comisario Fernández dio dos o tres vueltas de rutina por la ciudad. Nadie advirtió, o nadie lo dijo, la ausencia del camión en la puerta de la casa de Alberto, mucho menos que de su casa salió un desconocido que saludó con excesiva familiaridad a los vecinos. Nadie advirtió tampoco la persiana baja en su ventana, quizá porque las despedidas no son emocionantes para los habitantes de Santo Arraigo, o tal vez por esa vieja costumbre pueblerina de callarse las cosas.